

El Campamento de Los Alijares de la Academia de Infantería

José Luis Isabel Sánchez
Numerario

Al crearse en 1882 la Academia General Militar en Toledo se inició una nueva etapa en la enseñanza militar, al pretender darle a ésta un carácter inminentemente práctico, que hasta entonces no había tenido.

No se prestaba a ello la ubicación del Alcázar, en pleno centro de la población y separado por la hoz del Tajo de los terrenos más próximos donde poder realizar los ejercicios prácticos que la carrera militar requería. Se pensó facilitar el camino entre la explanada de Santiago y los cerros de San Blas mediante la construcción de un puente sobre el río, proyectado por el Jefe de Estudios de la General, pero, al igual que sucedería en los años 40, este proyecto no se llevaría a cabo.

En compensación, en la explanada este del Alcázar se construyó un gimnasio al aire libre y en sus proximidades un soberbio y amplio picadero de estructura metálica, sin parangón en Europa. Estas instalaciones deportivas se verían ampliadas más tarde con una pista de patinaje.

Para paliar la ausencia de terrenos próximos se recurrió a las prácticas campamentales, para lo que la Academia General se trasladó en el mes de mayo de 1885 a Majazala, zona próxima a Algodor, donde los cadetes instalaron sus tiendas de campaña y realizaron durante dieciséis días trabajos de fortificación, telegrafía, telefonía, topografía y táctica. Durante los trabajos llevados a cabo por los alumnos se llegó a mover más de un millón de metros cúbicos de tierra. Estos ejercicios tuvieron como colofón la visita realizada por el Rey don Alfonso XII el día 22.

Los extraordinarios resultados obtenidos en el campamento de Majazala animaron a la General a buscar un lugar permanente donde desarrollar estas prácticas, recurriendo para ello al Ayuntamiento toledano, quien cedió una reducida superficie de terreno situado en una zona al este de la Ciudad conocida como Los Alijares.

Eran Los Alijares los restos del millón y medio de fanegas compradas por Toledo al rey don Fernando III de Castilla, repartidas en su casi totalidad entre

sus colonizadores y de los que se reservó poco más de 2.000, consistentes en terrenos baldíos e incultos destinado a servir de lugar de descanso y abrigo al ganado que abastecía a la Ciudad, Comprendía en aquella época varias parcelas, entre las que se encontraban la del "Parador del Macho", "Arroyo de la Rosa", "Fuente de la Corona", "La Bastida", "Las Nieves", "Legua Grande" y Legua Chica". Era una zona dedicada a pastos y cubierta de encinas, en la que se llegarían a plantar olivos, almendros y cereales.

La superficie cedida a la Academia General no sobrepasaba las 30 Ha, de las que tan solo 10 podían considerarse aprovechables, ocupando éstas una hondonada de 575 m de altitud dominada por el Vértice Alijares, de 599 m. La distancia del Campamento al Alcázar era de algo más de 4 km, haciendo la travesía por el barrio de Santa Bárbara y la Fuente de la Teja. La cesión de estos terrenos fue únicamente de palabra y no se haría por escrito al Ministerio de la Guerra hasta 1923.

Hasta 1887 no se levantó la primera construcción permanente, un almacén hecho de madera, destinado a depósito del material de campamento, en el que tres años después se guardaban los 550 camastros y colchonetas recién fabricados para evitar el tener que trasladarlos desde el Alcázar.



Profesores en un barracón de Los Alijares (1887).

poco más debajo de ella cuatro aljibes de ladrillo para recoger el agua que se transporta con cubas desde unos pozos cercanos. En esta misma zona se emplazaban dos cañones, con los que se anunciaban los toques de diana y oración, inicio y fin de la jornada militar.

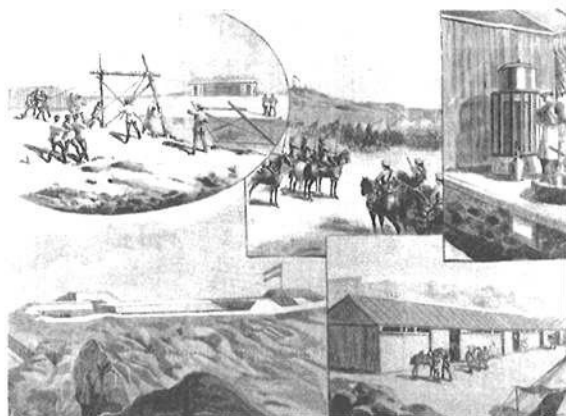
El resto de los barracones que componían el Campamento en 1890 eran de madera y consistían en un comedor para oficiales y otro para alumnos, los gabinetes de Topografía y Telegrafía -este último unido por cable con el

Alcázar-, una cuadra para el ganado, el polvorín, situado a 500 m del centro del Campamento, en dirección a la carretera de Ciudad Real, y un sobrio edificio dedicado a peluquería, sastrería y zapatería; el resto del Campamento estaba formado por las tiendas de profesores, cadetes y tropa.

A corta distancia del Campamento los "vivanderos" habían establecido un supermercado de los de entonces; al lado del lechero estaba el buñolero y no faltaba el dueño de un modesto figón que atendía unas mesas desperdigadas por el terreno.

En 1891 tuvo que levantarse un nuevo comedor de profesores, ya que el anterior lo había derribado el viento, y en ese mismo año se construyó una cocina cubierta y con mayores comodidades que la anterior, y se cercó el polvorín y se le unió mediante un camino al que conducía al Campamento. Un año después se amplió la cuadra de ganado para que pudiese acoger a 140 animales.

Al ser clausurada en 1893 la Academia General Militar y volver a renacer la de Infantería, el Campamento pasaría a ser propiedad de ésta y utilizado con frecuencia en los períodos de prácticas, que se extendían a lo largo de quince días durante los meses de abril y mayo, y se iniciaba con la llegada al Campamento y la toma del reducto en un asalto a la bayoneta. Era el reducto una obra defensiva situada en la cima del Vértice Alijares y que había sido construido en tiempos de la General y mejorado por las promociones sucesivas.



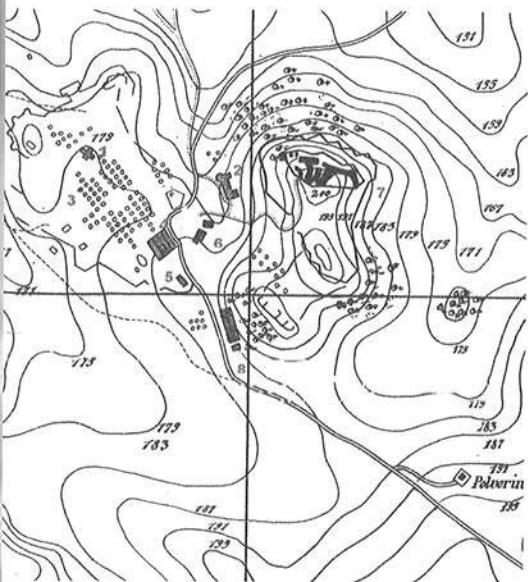
Diversos aspectos del Campamento en 1889. Abajo, el reducto y las cuadras.



Caseta de Telégrafos en 1903.



Misa en el Campamento en 1897. Al fondo el Comedor de profesores



Plano del Campamento a finales del s. XX.



Salida del Campamento en 1897.

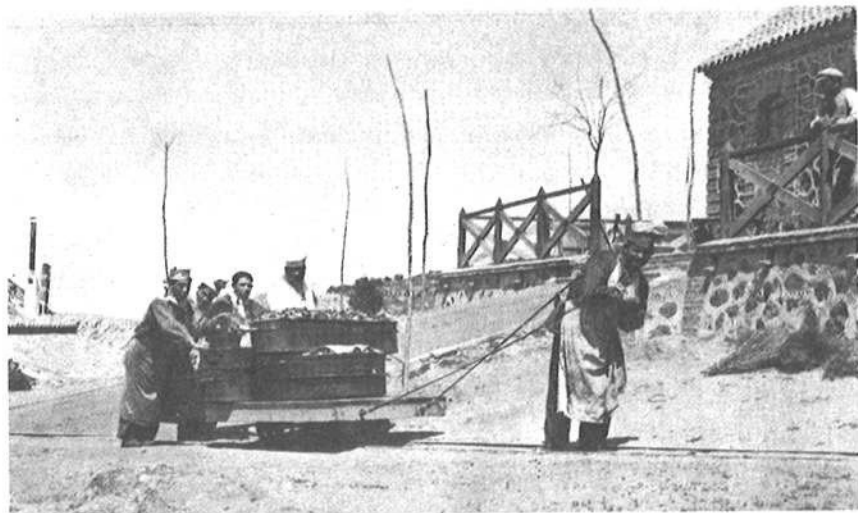


Al fondo, Gabinete de Telégrafos en 1905.

A partir de 1900 se puede seguir la crónica de la vida campamental a través de los artículos que, firmados por Constantino Garcés y por cadetes con aficiones literarias, aparecían en el suplemento titulado Los Alijares, incluido en La Campana Gorda, y que se vendía en el Campamento y en el puesto de periódicos del Café Suizo. Los reportajes fotográficos corrían a cargo de Manuel Compañy, que establecía para sus empleados una tienda de campaña en las inmediaciones del Campamento.

Teniendo en cuenta que el comedor de profesores, construido en madera por la Academia General, se encontraba en estado ruinoso, en 1905 se levantó uno de piedra. En ese mismo año fueron sustituidos los barracones de madera de Telegrafía y Topografía por un edificio también de piedra, dotado de una torreta central donde se alojaría más tarde un foco que permitía iluminar el Campamento. El notable aumento en el número de edificios hizo que en 1907 se contratara una póliza con la Compañía de Seguros de Incendios "El Fénix", habiéndose valorado todos ellos en 96.000 pesetas. Otra obra importante fue la realizada en 1908, consistente en una vía de una longitud de 123 m. que permitía trasladar en vagonetas la comida desde la cocina a los comedores.

Años más tarde, el periodista Adoración Gómez Camarero evocaba la salida de la Academia de Infantería hacia el Campamento:



Transportando la comida.

Zocodover y la Cuesta del Miradero se colmaban de multitud para despedir a los cadetes. Muchas familias de profesores y alumnos entre el gentío. Incontables muchachas. Los huérfanos del Colegio de María Cristina. Numerosos aspirantes de las academias preparatorias. Un predominante aspecto distinguido.

Al sonar la música por la cuesta del Alcázar, produciase un revuelo de expectación y a poco desfilaba por entre la muchedumbre la Plana Mayor a caballo. Iba con ella Constantino Garcés, el Director de “La Campana Gorda”, vistiendo uniforme de campaña de la Cruz Roja. Garcés, aquel inquieto e incomparable animador de la vida de Toledo en su tiempo, hacía todos los años la información gráfica y literaria de Los Alijares.

Pasaban cadetes y cadetes —no terminaban de pasar nunca; eran tantos!— en formación de batallón o regimiento, con su sección ciclista, con su tren regimental, con su impedimenta, con su ambulancia sanitaria.

El desfile, salpicado por los banderines de batallones y compañías, era bizarro y brillante. Llevaban el paso a los acordes de “El abanico”, o de cualquier otro de los pasodobles tan conocidos de los alumnos como de los toledanos, por sus repetidas audiciones en los ejercicios de batallón en la Vega Baja.

La despedida del público a los cadetes era cordialísima, y sentimental por parte de la juventud femenina. Si a nosotros nos parecía

que se nos iba la sal de Toledo, a muchas de ellas se les iba el corazón detrás de los alumnos y todas sentían, a partir de aquel momento, una sensación de vacío, que habría de prolongarse por varios días.

El sentimiento de la población juvenil femenina quedaba así reflejado en Carnavales:

En Toledo, señores
hay movimiento
cuando van los cadetes
al Campamento.
Y las muchachas
en la partida
sienten que se les marcha
toda la vida.



Centinela del reducto.



El buñolero y su ayudante.



EL CAMPAMENTO.
Gabrielo Est. de la Acad.ª de Inf.ª. Colección p.ª, n.º 9

Vista / Hijo de J. Peláez - Toledo.
Fotografía 2.ª, n.º 10.

Vista del Campamento desde el norte (1906).



El aseo matutino. Al fondo el Comedor de profesores (1906).



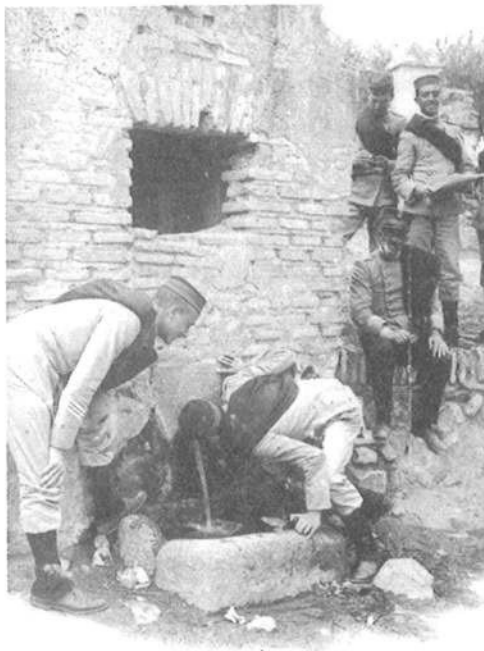
Preparando el cañón para el toque de Oración (1906).



Vista del Campamento con Toledo al fondo (1907).



Salida del Alcázar hacia el Campamento (1908).



Saciando la sed en la fuente de la Teja.



Peluquería al aire libre.



Don Alfonso XIII en el Campamento (1909).



Roca grabada que conmemora el ataque de S.M. al Campamento.

El nombramiento del coronel don José Villalba Riquelme como director de la Academia dio al Campamento de Los Alijares un nuevo impulso. La obra principal consistió en la construcción de barracones de mampostería, que, utilizados como dormitorio y salas de clase, permitiría a la Academia trasladarse al Campamento en cualquier época del año. En 1909 se comenzó la construcción de dos de ellos, con una capacidad cada uno para 60 alumnos, a los que seguirían otros seis en los años siguientes.

Don Alfonso XIII quiso conocer el lugar donde se formaban los futuros oficiales del Arma de Infantería, y para ello se trasladó en tren desde Madrid en el más absoluto secreto en la noche del 3 de mayo de 1909, desembarcando en Algodor al frente de fuerzas del Regimiento de León, con las que trató de sorprender a la “gran guardia” que los alumnos habían establecido. Esta acción sería recordada mediante una leyenda escrita en una gran roca existente en la falda del Vértice Alijares.

En el mes de mayo de 1910 se procedió a la inauguración de los dos barracones ya construidos, mediante un baile amenizado por un organillo traído desde Toledo a lomos de un borrico, asistiendo a la fiesta una gran multitud de familiares y amistades de profesores y cadetes.

Al terminar la jornada de trabajo, y tras la cena, la Banda de Música académica solía distraer a profesores y alumnos con un concierto. El domingo era un día especial, en el que los familiares y novias de los cadetes se acercaban a Los Alijares para pasar el día en su compañía. Los últimos días de prácticas estaban dedicados a la ejecución de marchas, en las que se recorrían los pueblos de los alrededores y se confraternizaba con sus habitantes, llegando a compartir sus viviendas.

El Campamento se modernizaría en 1910 al ser dotado de agua corriente por medio de una bomba, que la elevaba de un pozo y la impulsaba hasta unos aljibes, desde donde se distribuía a las cocinas, lavaderos y aseos. Sin embargo, el Campamento no conseguía todo el agua que necesitaba para cubrir sus necesidades, por lo que se veía obligado a trasladarla desde Toledo en cubas. Con el fin de solucionar este problema, en ese mismo año se realizaron catas en busca de agua, consiguiéndose aumentar el caudal que se conducía al pozo mayor. Animado por este buen resultado, el coronel Villalba decidió adquirir un motor de gasolina, que llevaba el agua desde el pozo mayor a un depósito construido en la cima del Vértice Alijares. Al mismo tiempo, el citado motor serviría a partir de 1812 para accionar una dinamo que empezó a proporcionar luz eléctrica a las diversas dependencias.

Para mejorar la habitabilidad del Campamento, a partir de 1911 se comenzó a celebrar la “Fiesta del árbol”, durante la cual se le fue dotando de abundante arbolado, principalmente acacias, que eran donadas por S.M. el Rey.

El Rey volvió a repetir la visita el 25 de abril de 1911, pasando noche en el Campamento en una modesta tienda de campaña situada dando frente a las de los cadetes. Quiriendo la Academia recordar este gesto del Monarca, levantó en el lugar donde se había situado su tienda una columna que fue sufragada por profesores y alumnos.



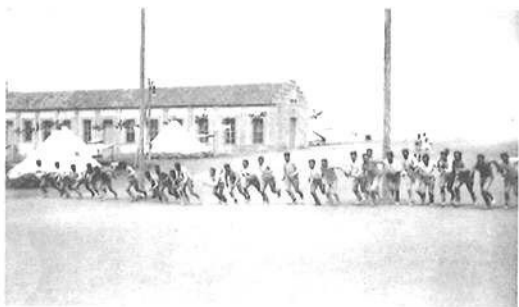
Fiesta del Árbol en 1911.



Inauguración del monumento a S.M. el Rey.



Detalle del monumento al Rey, cuya base se conserva en la Academia de Infantería.



Postes en los que se fijaba la pantalla de cine.



Pidiendo alojamiento durante una marcha.



EN LOS ALIJARES
Galanteo Pto. de la Acad. de Inf. Colón 1887-88

Tienda y Oficio de T. Telégrafo - Oficio
Laborio y Oficio.

Llenando la cantimplora antes de una marcha.



Columna y tienda de S.M. el Rey.

Al año siguiente, aprovechando el suministro de corriente eléctrica, se probó una máquina de cine adquirida por la Academia, que serviría durante los años siguientes para proyectar películas y así animar las veladas nocturnas de los alumnos.

El habitual horario de trabajo se veía alterado al llegar el domingo. Era éste un día especial, en el que los familiares, amigos y novias de los cadetes se acercaban a Los Alijares para pasar el día en su compañía. Los últimos días de prácticas estaban dedicados a la ejecución de marchas, en las que se recorrían los pueblos de los alrededores y se confraternizaba con sus habitantes, llegando a compartir sus viviendas.

En 1913 se pudo inaugurar la iluminación eléctrica de todo el Campamento y se adquirió en Alemania una tienda con las suficientes comodidades para acoger a don Alfonso XIII en caso de que quisiese repetir su visita a Los Alijares. Además de los dos barracones de alumnos, de la mayordomía y de la caseta de Telégrafos y Topografía, en este año ya eran también de mampostería la cocina, las cuadras y la caseta del guarda. El campamento aparecía engalanado con jardines y en uno de los costados del comedor de oficiales se había construido una marquesina bajo la cual organizaban sus tertulias vespertinas los profesores.

Academia de Infantería, gabinete fotográfico. Curas 1912 - 17
N.º 36. Un domingo en el campamento



Un domingo en el Campamento (1913).

En mayo de 1914 don Alfonso XIII visitó de nuevo a la Academia en Los Alijares y, tras revistar a los alumnos y asistir a sus prácticas bajo una intensa lluvia, pasó noche en el Campamento.

En el mes de octubre siguiente el Campamento se transformó en enfermería, al desencadenarse en la Academia una epidemia de escarlatina y tífus, a consecuencia de la cual falleció un alumno. Los cadetes externos fueron enviados a sus casas y los internos trasladados a Los Alijares, no pudiendo regresar al Alcázar hasta el mes siguiente.

El escaso terreno de que se disponía en Los Alijares obligaba en ocasiones a la Academia a invadir las fincas colindantes, lo que haría que sus dueños optasen por cercarlas para así evitarlo. Al producirse esta situación en 1915 tuvo la Academia que buscar otro lugar para realizar las prácticas del mes de mayo, aceptando el ofrecimiento de una finca llamada de Balles-



Vista del Campamento desde el reducto (1913).



Centinela del reduto y depósito de agua (1913).



AS 84.

Academia de Infantería, *colección fotográfica*, Curso 1914-15.
N.º 25. Vista parcial



Vista parcial del Campamento.

teros, situada en Guadalerzas, a corta distancia del pueblo de Los Yébenes. En este mismo año se ampliaron los barracones de alumnos hasta ocho, dedicados a dormitorio dotado de camas abatibles, que permitían su uso como sala de estudio y clase.

El Campamento de Los Alijares no sólo sería utilizado para la realización de las prácticas anuales, sino también como lugar destinado a enseñar la instrucción individual a los alumnos recién ingresados, los cuales permanecían allí durante un mes, alejados de las pesadas novatadas de sus compañeros de segundo curso.

En 1916 se volvió a repetir la acampada en Ballesteros y allí acudió el Rey en el mes de junio para convivir con los cadetes durante los días 7 y 8. No obstante, aunque se escogió otro lugar para la realización de ejercicios tácticos, Los Alijares siguió utilizándose, y en este Campamento llevaron a cabo durante el mes de marzo prácticas de Logística los alumnos de 3º y de Topografía y Fortificación los de 2º.

En 1917 se inició el proyecto de instalación y suministro de energía eléctrica al Campamento de Los Alijares, eligiéndose para ello a la Compañía Hidroeléctrica de Toledo.

En 1920 se volvieron a realizar las prácticas del mes de mayo en Los Alijares, pero continuando el problema del espacio, se inició el proyecto de adquisición de las fincas que rodeaban al Campamento, trámites que se prolongarían durante los tres años siguientes.



El Rey pasando revista en Ballesteros (1916).



El Campamento en 1916 con sus ocho barracones ya construidos.



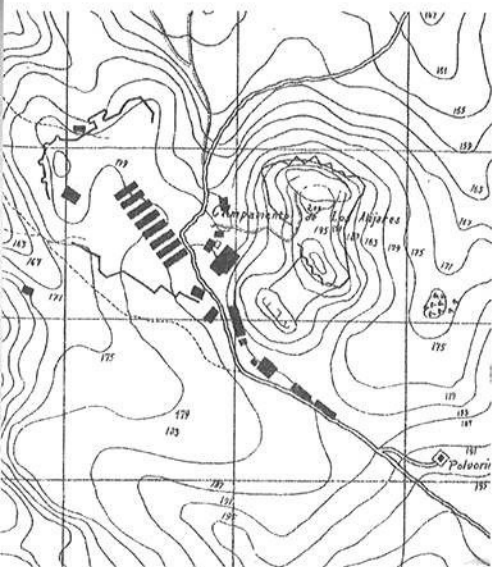
Vista general en 1921.



Vista aérea del Campamento en los años 20.

Al llegar 1923 el Campamento lindaba al norte con los cigarrales del Carmen y de la Teja, al sur con las dehesas de La Legua y Las Nieves, al este con las fincas de La Alberquilla y Las Nieves, y al oeste con la de La Legua. Hasta entonces, la Academia había construido en sus terrenos los siguientes edificios de fábrica mixta, con armadura de madera y cubierta de teja: ocho barracones para alumnos, de 288 m² de superficie cada uno; un gabinete telegráfico, de 196 m²; un comedor para profesores, de 170 m²; otro para alumnos, de 1.195 m²; dos cuadras, de 200 y 106 m²; un polvorín, de 175 m²; un parque para material, de 136 m²; una mayordomía, de 197 m²; una cocina, de 200 m²; una caseta para el guarda, de 90 m²; una caseta para ametralladoras, de 81 m², y un cuerpo de aljibe, de 16 m². Por otra parte, construidos con entramado de madera y cubierta de teja, existía: un servicio para profesores y otro para alumnos, ambos de 36 m²; un guarnés, de 31 m²; una caseta para el transformador, de 11 m², y otra para el pozo y su motor, de 21 m². Por último, un edificio, en fábrica de ladrillo y entramado de viguetas de hierro con de 22 m², se había destinado a alojamiento del electromotor de impulsión para el depósito de agua, y otro de ladrillo, armadura mixta, cubierta de uralita y 211 de 22 m², para el tren regimental. Es decir, la totalidad de los edificios construidos a lo largo de la vida del Campamento superaban los 5.000 m².

En ese mismo año, el Ayuntamiento de Toledo cedió al Ministerio de la Guerra, además de los terrenos de Los Alijares, el llamado de Las Nieves,



Plano del Campamento en los años 20.

1.—Campamento de los Alijares.



Vista parcial del Campamento en 1927.

con objeto de ampliar la zona de prácticas, que llegaría a tener 106 Ha, que lindaban al norte con los cigarrales del Carmen y La Teja, al sur con las dehesas de La Legua y Las Nieves, al este con la finca de La Alberquilla y la dehesa de Las Nieves, y al oeste con la dehesa de La Legua.

La creación en 1927 de la Academia General Militar en Zaragoza hizo que se suprimiese el ingreso en la de Infantería, por lo que el Campamento de Los Alijares, falto de cadetes, atravesó una etapa de abandono, que no impediría la visita realizada en el mes de mayo de 1928 por el Rey de Grecia, acompañado de don Alfonso XIII.

En 1930 llegó al Alcázar la primera promoción de infantes formada en la Academia General. Parecía que se retornaba a una etapa anterior, pero no sería así, ya que al proclamarse la república fue cerrada la Academia General y trasladadas a Toledo las Academias de Caballería e Intendencia.

Comenzó entonces una etapa oscura, durante la que faltan referencias y documentación gráfica sobre el estado y utilización del Campamento de Los Alijares, que parece ser fue relegado al olvido debido a su escasa utilización.

El último recuerdo que dejó entre los cadetes el Campamento de Los Alijares fue muy triste, ya que, debido a un incidente entre alumnos de la Academia y elementos comunistas, el gobernador civil desterró a los primeros el 2 de junio al Campamento, y allí se mantuvieron hasta que, tras la destitución del indigno gobernador, pudieron regresar al Alcázar el día 30, siendo recibidos con entusiasmo por la población toledana, que no presentía que ésta iba a ser la última vez que presenciaba a su Academia desfilando por su calles durante los siguientes doce años.

Iniciada la Guerra Civil, en el Campamento de Los Alijares se emplazaron varias piezas de 15,5 y otras de menor calibre, con las que se bombardeó incesantemente el Alcázar. Una de estas baterías la mandaba el alférez de Artillería don Mercedes Durán Garlitos, que al hacer fuego sobre el Alcázar

con un alza superior a la precisa, hizo que los proyectiles cayesen sobre la Fábrica de Armas, siendo inmediatamente detenido y asesinado; en 1958 sería recompensado con la Cruz Laureada de San Fernando.

Una vez liberada la fortaleza por los nacionales, los azares de la guerra quisieron que el frente se estabilizase en la zona de Los Alijares, que fue ocupada por los rojos, que durante su larga permanencia destruyeron todas las instalaciones del Campamento y talaron todo su arbolado, dejándolo en su más completa ruina, de la que ya no se recuperaría. La columna levantada en honor de don Alfonso XII fue arrancada de su emplazamiento y solamente se pudo recuperar de ella la base, que actualmente se encuentra en los jardines de la Academia sosteniendo una imitación de dicha columna. Sufrió mejor suerte la roca con la leyenda que recordaba el asalto al Campamento por don Alfonso XIII, pues los rojos no debieron descubrirla, por lo que se mantuvo intacta.

La construcción de los nuevos edificios de la Academia de Infantería en los años 40 del pasado siglo en terrenos próximos al Campamento de Los Alijares hizo innecesaria la reconstrucción de éste, que hasta ahora ha permanecido en estado de abandono.

El exiguo campo de maniobras se fue ampliando con el paso del tiempo, hasta alcanzar las 1.200 Ha, conservando el nombre de Los Alijares, en recuerdo de su antecesor, y realizándose en él todo tipo de mejoras en cuanto a comunicaciones, arbolado y seguridad, que fueron mejorando sustancialmente su aspecto. Por otra parte, la construcción de diversos campos de tiro y entrenamiento han hecho que sea utilizado por numerosas unidades de nuestro Ejército, que lo visitan en todas las épocas del año.



Ruinas del Campamento en 1939.

• Vista parcial y actual del Campamento a vuelo de pájaro.

